

Libros del Asteroide 

Maggie O'Farrell

Hamnet

Traducción de Concha Cardeñoso



REFERENCIA HISTÓRICA

En la década de 1580, una pareja que vivía en Henley Street (Stratford) tuvo tres hijos: Susanna y Hamnet y Judith, que eran gemelos.

Hamnet, el niño, murió en 1596 a los once años.

Cuatro años más tarde su padre escribió una obra de teatro titulada *Hamlet*.

Ya se ha ido, ya está muerto
muerto ya, señora mía.
Verde hierba a su cabeza,
a su pie una piedra fría.

Hamlet, Acto IV, escena V

Hamnet y Hamlet son en realidad dos formas perfectamente intercambiables de un mismo nombre, según consta en los anales de Stratford de finales del siglo XVI y principios del XVII.

STEVEN GREENBLATT, «The death of Hamnet and the making of *Hamlet*», *New York Review of Books*, 21 de octubre de 2004.

I

Un niño baja unas escaleras.

Es un tramo angosto que se revuelve sobre sí mismo. El niño avanza lentamente, deslizándose la espalda por la pared, con un golpe seco de bota en cada escalón.

Casi al final se detiene un momento y se vuelve a mirar el camino andado. De pronto salta resueltamente los tres últimos peldaños, como de costumbre. Al llegar al suelo, tropieza y se cae de rodillas en las losas.

Es un día bochornoso de finales de verano, sin viento, y unos largos haces oblicuos de luz cruzan la estancia de abajo. El sol, amenazante, lo mira desde fuera y por las ventanas estampa una celosía amarilla en la pared.

Se levanta, se frota las piernas. Mira a un lado, hacia las escaleras; mira al otro, no sabe adónde ir.

No hay nadie en la estancia, la lumbre rumia en el hogar: abajo, ascuas anaranjadas; arriba, suaves espirales de humo. El pulso de las rodillas magulladas se acompasa con los latidos del corazón. Pone una mano en el pestillo de la puerta de las escaleras y levanta la punta de la gastada bota de piel como si fuera a moverse, a echar a correr. Tiene el pelo claro, casi dorado; unos mechones alborotados se le levantan por encima de la frente.

Aquí no hay nadie.

Suspira, aspira aire caliente y polvoriento, cruza la habitación y sale a la calle por la puerta principal. No le llega el ruido de los carros, de los caballos, de los tenderos, de la gente que se llama a voces, de un hombre que tira un saco desde una ventana alta. Sigue la fachada de la casa hasta el portal contiguo.

En casa de sus abuelos, el mismo olor de siempre: humo de leña, cera, pieles, lana, todo mezclado. Se parece, pero no del todo, al de la casita de dos habitaciones que hay al lado, la que construyó su abuelo en un hueco estrecho, pegada a la casa grande, en la que vive él con su madre y sus hermanas. A veces no entiende cómo puede ser. Al fin y al cabo solo una fina pared de cañizo y palos separa las dos viviendas, pero el aire es distinto en cada una, huele distinto, la temperatura es distinta.

En esta casa silban las corrientes y los remolinos, los martillazos de su abuelo en el taller, las llamadas y las voces de los compradores por la ventana, el ruido y el barullo del corral de atrás, las idas y venidas de sus tíos.

Pero hoy no. El niño se queda en el pasillo esperando oír algún ruido de gente. Desde ahí ve el taller, a la derecha: no hay nadie, las banquetas y los bancos están vacíos; las herramientas, ociosas en los mostradores; una bandeja de guantes, como huellas de manos, abandonada a la vista de cualquiera. El ventanillo por el que se despacha está cerrado a cal y canto. En el comedor, a la izquierda, tampoco hay nadie. En la larga mesa se ven unas servilletas apiladas, una vela apagada, un montón de plumas. Nada más.

Dice hola en voz alta, con entonación interrogante. Lo repite. Luego ladea la cabeza esperando respuesta.

Nada. Solo el crujir de las vigas, que se expanden suavemente al sol, el suspiro del aire que pasa por debajo de las puertas de habitación en habitación, el roce de telas y cortinas, el crepitar del fuego, el ruido indefinible de una casa en reposo, sin gente.

Agarra con fuerza el picaporte de hierro de la puerta. Incluso a esta hora tardía, el calor le exprime gotas salobres de la frente

y de la espalda. El dolor de las rodillas se agudiza, lo pincha y después desaparece.

Abre la boca. Llama a todos los moradores de la casa, de uno en uno. A su abuela. A la criada. A sus tíos. A su tía. Al aprendiz. A su abuelo. Prueba con todos, uno detrás de otro. Piensa un momento en llamar a su padre, en gritar su nombre, pero su padre está a kilómetros y horas de distancia, en Londres, donde el niño no ha estado nunca.

Pero él quisiera saber dónde está su madre, dónde su hermana mayor, su abuela, sus tíos. ¿Dónde está la criada? ¿Dónde está su abuelo, que de día no suele salir de casa y siempre está en el taller hostigando al aprendiz o apuntando las ganancias en un libro? ¿Dónde están todos? ¿Cómo es que no hay nadie en ninguna de las dos casas?

Recorre el pasillo. Se detiene en la puerta del taller. Echa un vistazo rápido por encima del hombro para asegurarse de que no hay nadie y luego entra.

Muy pocas veces le permiten entrar en el taller de guantes del abuelo. Hasta le prohíben pararse en el umbral. ¡No te quedes ahí plantado sin hacer nada!, le gritaría su abuelo. ¿Es que no se puede trabajar honradamente sin que venga algún zángano a figonear? ¿No tienes nada mejor que hacer que quedarte ahí papando moscas?

Hamnet es un chico despierto: en la escuela, entiende bien las lecciones del maestro. Comprende la lógica y el significado de lo que le explican y tiene buena memoria. Se le dan bien los verbos, la gramática, las conjugaciones, la retórica, los números y los cálculos, tanto que a veces despierta la envidia de sus compañeros. Pero también se distrae con facilidad. Si en clase de griego oye un carro que pasa por la calle, enseguida desatiende la pizarra y se pone a pensar en qué llevará el carro y en lo bien que se lo pasaron aquel día sus hermanas y él, cuando su tío los llevó a dar una vuelta en el carro del heno entre pinchazos y olor a hierba recién segada, y las ruedas arrastrándose al ritmo de

los cascos de la cansada yegua. En las últimas semanas lo han azotado más de dos veces en la escuela por no prestar atención (su abuela ha dicho que si esto se repite una sola vez más, se lo contará a su padre). El maestro no lo entiende. Hamnet aprende rápidamente, recita de memoria, pero no pone la cabeza en la tarea.

El aleteo de un pájaro en el aire puede hacerlo callar en mitad de una frase, como si el mismísimo cielo lo hubiera dejado sordo y mudo de un plumazo. Si ve por el rabillo del ojo que entra alguien en una habitación, puede dejar de hacer lo que sea —comer, leer, copiar los deberes— y quedarse mirándolo como si le trajera un mensaje muy importante solo para él. Tiene tendencia a escurrirse por los límites del mundo real y tangible para irse a otro sitio. Puede estar con el cuerpo en una habitación y la cabeza en otro lado, ser otra persona en un sitio que solo él conoce. Despierta, niño, le dice su abuela, chascando los dedos en sus narices. Vuelve, le dice al oído Susanna, su hermana mayor, tirándole de la oreja. Presta atención, le grita el maestro. ¿Dónde estabas?, le susurra su hermana Judith cuando por fin vuelve al mundo, cuando vuelve en sí, mira a uno y otro lado y ve que está otra vez en casa, a la mesa, rodeado por su familia, y que su madre lo observa casi sonriendo, como si supiera exactamente dónde ha estado.

Del mismo modo, ahora, al entrar en el espacio prohibido del taller de guantes, Hamnet ha perdido el hilo de lo que tenía que hacer. Se ha desviado un momento de su propósito, de que Judith se encuentra mal y necesita que alguien se ocupe de ella, de que él tiene que avisar a su madre o a su abuela o a cualquiera que sepa lo que hay que hacer.

Hay pieles colgadas de una barra. Hamnet ha aprendido a reconocer la de ciervo, con sus manchas rojizas; la de cabritilla, flexible y delicada; la de ardilla, más pequeña; la de oso, de pelo áspero y tieso. Se acerca y las pieles empiezan a moverse en sus ganchos como si todavía les quedara algo de vida, solo un

poquito, lo suficiente para oírlo llegar. Hamnet estira el brazo y toca la de cabritilla con un dedo. Es increíblemente suave, como el roce de las hierbas del río en las piernas cuando se baña los días de calor. Se mueve despacio de delante atrás, con las patas separadas, estirada, como si volara, como un pájaro o un diablillo.

Da media vuelta y se fija en los dos asientos del banco: el que está tapizado con cuero, liso y gastado por el roce de los calzones de su abuelo, y el duro y de madera de Ned, el aprendiz. Ve las herramientas en los ganchos de la pared, por encima del banco de trabajo. Identifica las de cortar, las de ensanchar, las de clavar y las de coser. Ve que la horma más estrecha —la que se usa para los guantes de mujer— está fuera de su sitio, en el banco en el que siempre trabaja Ned con la cabeza agachada, los hombros curvados y los dedos ágiles y nerviosos. Hamnet sabe que su abuelo le grita, o algo peor, a la menor provocación, así que recoge la cálida herramienta de madera, la sopesa y la deja en su gancho.

Está a punto de abrir el cajón de los gurbiones y las cajas de botones —muy, muy despacio, porque sabe que el cajón crujiará— cuando un ruido, un leve roce, le llega a los oídos.

En unos segundos, el niño sale por el pasillo hasta el corral como alma que lleva el diablo. Y recuerda su cometido. ¿Qué hace husmeando en el taller? Su hermana se encuentra mal, tiene que buscar ayuda.

Abre con estrépito, de una en una, las puertas de la cocina, del cuarto en el que fermentan la cerveza, del lavadero. No hay nadie en ninguna parte, todos los cuartos están frescos y a oscuras. Vuelve a llamar a gritos, un poco ronco ahora, se le ha irritado la garganta con tantas voces. Se apoya en la pared de la cocina y da un puntapié a una cáscara de nuez, que sale rebotando hasta el otro lado del corral. Le confunde estar tan solo. Tendría que haber alguien, siempre hay alguien. ¿Dónde estarán? ¿Qué hace él ahora? ¿Por qué se han ido todos? ¿Por

qué su madre y su abuela no están en casa, como de costumbre, abriendo las puertas del horno, revolviendo en la marmita de la lumbre? Sigue en el corral, mira a todas partes, a la puerta de la entrada, a la del cuarto de la cerveza, a la de su casita. ¿Dónde más puede buscar? ¿A quién pedir ayuda? ¿Y dónde está todo el mundo?

Toda vida tiene un núcleo, un eje, un epicentro del que todo sale y al que todo vuelve. Este momento será el de la madre ausente: el niño, nadie en casa ni en el corral, la voz en el vacío. Está ahí, en la parte de atrás de la casa, llamando a las personas que lo han alimentado, que lo han arropado, que lo han arrullado, que le han dado la mano en los primeros pasos, que le han enseñado a usar la cuchara, a soplar la sopa antes de comerla, a cruzar la calle con precaución, a no molestar a los perros cuando duermen, a enjuagar la taza antes de beber, a no acercarse al agua profunda. Ella lo llevará en el corazón toda su vida.

Hamnet arrastra las botas por la tierra del corral. Ve los restos de un juego al que ha jugado con Judith hace un rato: unas piñas atadas con cordeles, que movían y balanceaban delante de los cachorritos de la gata de la cocina. Qué pequeñitos son, con esas caritas que parecen pensamientos y las suaves almohadillas de las patas. La gata se metió en una tina del trastero para tenerlos y allí pasó tres semanas escondida. Luego la abuela de Hamnet buscó la camada por todas partes con intención de ahogarlos a todos, según su costumbre, pero la gata la burló, ocultó a los gatitos, los puso a salvo y ahora han crecido bastante y dos de ellos corretean por todas partes, se suben a los sacos, persiguen plumas, guedejas de lana y hojas caídas. Judith no se separa de ellos. Casi siempre lleva uno en el bolsillo del delantal, la delata un bultito revelador, un par de orejas tiesas, y la abuela

grita y amenaza con el tonel de agua de lluvia. Sin embargo, la madre les dice en voz baja que los gatitos ya son muy grandes para que la abuela los ahogue. «Ahora ya no puede hacerlo —les dice en privado, limpiando las lágrimas a Judith, que llora horrorizada—. No tiene agallas, porque ellos se defenderían, se enfrentarían.»

Hamnet se acerca a las piñas abandonadas, los cordeles están medio enterrados en el polvo pisoteado del corral. No ve a los gatitos por ninguna parte. Da un puntapié a una piña, que sale disparada describiendo un arco irregular.

El niño mira las casas, las numerosas ventanas de la grande y el oscuro portal de la suya. En condiciones normales, Judith y él estarían encantados de encontrarse solos en casa. En este preciso momento intentaría convencerla de subirse al tejado de la cocina para llegar a las ramas del ciruelo del vecino, que rebasan el muro de separación. Están cuajadas, cargadas de ciruelas de color dorado rojizo, a punto de reventar de maduras. Hamnet las ha visto desde una ventana del piso de arriba de la casa de sus abuelos. Si fuera un día normal, auparía a Judith hasta el tejado para que se llenara los bolsillos de fruta robada, por mucho que se quejara y protestara. Es tan cándida que no quiere hacer nada malo ni prohibido, pero Hamnet la convence casi siempre con unas pocas palabras.

Sin embargo, hoy, mientras jugaban con los gatitos que se han librado de una muerte temprana, ella ha dicho que le dolía la cabeza y que le ardía la garganta, que tenía frío y después calor, y al final se ha ido a casa y se ha acostado.

Hamnet vuelve a entrar en la casa grande y cruza el pasillo. Está a punto de salir a la calle cuando oye un ruido. Es como un chasquido o un movimiento, un ruido insignificante, pero sin duda lo ha hecho otro ser humano.

— ¡Hola! —dice. Espera. Nada. El silencio se cierne otra vez sobre él desde el comedor y el vestíbulo de la entrada—. ¿Quién va?

Por un breve instante se ilusiona pensando que pueda ser su

padre, que ha vuelto de Londres para darles una sorpresa... no sería la primera vez. Su padre estará allí, al otro lado de esa puerta, escondiéndose para gastarle una broma o darle un susto. Si entra en la habitación, su padre saldrá del escondite de un salto, les traerá regalos que sacará de la bolsa, del monedero; olerá a caballo, a heno, a muchos días de viaje; abrazará a su hijo y Hamnet se le pegará a la cara hasta rascarse la fina tez, aplastándole los broches del jubón.

Sabe que no es su padre. Lo sabe, sí. Su padre respondería a una llamada insistente, nunca se escondería de él en una casa vacía. De todos modos, cuando el niño entra en la salita, la desilusión que se le cuele y lo hunde es inevitable al ver allí a su abuelo, junto a la mesa baja.

La estancia está oscura, casi todas las cortinas, corridas. El abuelo está de espalda, acuclillado, revolviendo algo: papeles, una bolsa de tela, monedas o algo parecido. En la mesa hay un jarro y una taza. El abuelo palpa esos objetos, la cabeza gacha, jadeando.

Hamnet carraspea a modo de aviso.

El abuelo da media vuelta con una expresión brutal, furibunda, levantando la mano en el aire como si espantara a un agresor.

—¿Quién va? —vocea—. ¿Quién eres?

—Soy yo.

—¿Quién?

—Yo —Hamnet se acerca al estrecho rayo de luz que entra por la ventana—, Hamnet.

El abuelo se sienta con brusquedad.

—¡Qué sobresalto, rapaz! —le grita—. ¿Qué hacías ahí acechándome?

—Lo siento —dice el niño—. He llamado a todos, pero no contestaba nadie. Judith está...

—Han salido —lo corta el abuelo, y hace un ademán seco con la mano—. De todos modos, ¿para qué buscas a esas mujeres?

Ase el jarro por el cuello y lo arrima a la taza. El líquido —cerveza, cree Hamnet— se precipita y se derrama en la taza, en los papeles, en la mesa, y el hombre maldice y luego lo seca con la manga. De pronto a Hamnet se le ocurre que tal vez su abuelo esté borracho.

—¿Sabes dónde han ido? —pregunta.

—¿Qué?

El abuelo sigue secando los papeles. La cólera por haber derramado el líquido parece un estoque que se desenvaina y ataca. Hamnet percibe la punta dando vueltas por la habitación, buscando un oponente, y se acuerda un momento de la vara de avellano de su madre, de cómo tira ella sola hacia el agua, solo que él no es una corriente subterránea y la cólera de su abuelo no se parece nada a la temblorosa varita de zahorí. Porque corta, está afilada y es imprevisible. Hamnet no tiene ni idea de lo que va a pasar a continuación ni de qué hacer.

—¡No te quedes ahí embobado! —grita el abuelo, amenazador—. Ayúdame.

Hamnet da un paso adelante y luego otro. Recela, las palabras de su padre le resuenan en la cabeza: No te acerques a tu abuelo cuando está de mal humor. No te pongas a su alcance. Aléjate, ¿oyes?

Se lo dijo su padre la última vez que estuvo de visita, cuando terminaron de ayudar a descargar un carro de la curtiduría. A John, el abuelo, se le había caído un fardo de pellejos en el barro y, en un arranque súbito de mal genio, lanzó un cuchillo de mondar a la pared del corral. El padre de Hamnet apartó inmediatamente al niño y lo colocó tras él, fuera del alcance del abuelo, pero John pasó a su lado hecho una fiera y entró en la casa sin decir una palabra. El padre levantó la cara al niño con las dos manos y los dedos encogidos en la nuca y lo miró sin pestañear, escrutándolo. A tus hermanas no les pondrá la mano encima, pero temo por ti, murmuró con el ceño fruncido. Ya sabes a lo que me refiero, cuando se pone así, ¿entiendes?

Hamnet asintió, pero deseaba prolongar el momento, porque le daba una sensación de ligereza que su padre le sujetara la cabeza de esa forma, de seguridad, de que él lo conocía, de que lo quería de verdad. Al mismo tiempo percibió una molestia que le revolvía por dentro, como si el estómago rechazara algo de comer. Pensó en el seco tira y afloja de palabras que cortaba el aire entre su padre y su abuelo, en cómo se tiraba su padre del cuello de la camisa todo el rato cuando se sentaba a la mesa con los abuelos. Júramelo, le pidió allí, en el corral, con una voz ronca. Júralo. Necesito saber que no te pasará nada cuando yo no esté aquí para impedirlo.

Hamnet cree que está cumpliendo la promesa. Está lejos, al otro lado de la chimenea. Su abuelo no podría alcanzarlo aunque lo intentara.

El abuelo vacía la taza con una mano y sacude las gotas de una hoja con la otra.

—Coge esto —le ordena, sujetando la hoja.

Hamnet se estira hacia delante sin mover los pies y la coge con las puntas de los dedos. Su abuelo lo mira con los ojos entrecerrados, sin perder ripio; saca la lengua por un lado de la boca. Se sienta en su silla con la espalda doblada: un sapo viejo y triste encima de una piedra.

—Y esto.

Le pasa otro papel.

Hamnet se estira igual que antes, manteniendo la distancia necesaria. Piensa en su padre, en lo orgulloso que estaría de él, y lo satisfecho.

Veloz como un zorro, el abuelo se abalanza. Sucede todo tan deprisa que después Hamnet no estará seguro de cómo ha ocurrido: la página se cae al suelo, entre los dos; su abuelo lo atrapa por la muñeca, después por el codo, tira de él acortando el espacio que le ha mandado observar su padre, y la otra mano, todavía con la taza, le alcanza a toda velocidad. Antes de notar el dolor, Hamnet ve de refilón unas manchas alargadas —rojas,

anaranjadas, de los colores del fuego— que se acercan por un lado. El dolor es cortante, contundente, brutal. El borde de la taza le ha alcanzado justo debajo de la ceja.

—Así aprenderás —dice el abuelo con voz tranquila— a no acechar a la gente.

A Hamnet se le escapan las lágrimas por los dos ojos, no solo por el herido.

—¿Lloras? ¿Cómo una niñita? Eres peor que tu padre —dice el abuelo con desprecio, y lo suelta. Hamnet retrocede de un salto y se da un golpe en la espinilla contra la cama de la salita—. Siempre lloriqueando, gimoteando y quejándose —murmura el abuelo—. Ni pizca de valor, ni pizca de sentido común. He ahí su punto débil, desde siempre. Es incapaz de comprometerse con nada.

Hamnet sale a la carrera, va por la calle limpiándose la cara, secándose la sangre con la manga. Entra por la puerta de su casa, sube las escaleras, va a la habitación de arriba, una silueta yace en el jergón que está junto al gran lecho con dosel de sus padres. Está vestida —mandil marrón y crespina blanca con las cintas desatadas, sueltas sobre la garganta— y se ha tumbado directamente encima de las sábanas. Se ha quitado los zapatos, que han quedado en el suelo del revés, a su lado, como vainas vacías.

—Judith —dice el niño, y le toca la mano—. ¿Te encuentras mejor?

La niña abre los ojos. Mira a su hermano un momento como si estuviera muy lejos y los vuelve a cerrar.

—Estoy durmiendo —murmura.

Tiene la cara como un corazón, igual que él, la misma frente prominente, el mismo copete de pelo trigueño. Los ojos que lo han mirado brevemente son del mismo color —cálido ámbar con puntitos dorados— y de la misma forma que los suyos. El parecido no es casual: nacieron el mismo día y compartieron el vientre de su madre. El niño y la niña son gemelos, nacieron con

unos minutos de diferencia. Se parecen tanto como si hubieran nacido de la misma placenta.

Le envuelve los dedos con la mano —las mismas uñas, nudillos idénticos, aunque los del niño son más grandes y más anchos y están más sucios— e intenta aplastar la sensación de lo resbaladizo y calientes que están.

—¿Cómo te encuentras? —insiste—. ¿Mejor?

La niña se mueve, enreda los dedos en los de su hermano. Levanta la barbilla y luego la baja. El niño le ve una inflamación en la base de la garganta. Y otra donde el hombro se encuentra con el cuello. Mira esos bultos. Parecen huevos de codorniz por debajo de la piel de Judith. Claros, ovoides, acurrucados ahí como si quisieran romper la cáscara. Uno en el cuello, otro en el hombro.

La niña dice algo, los labios se separan, la lengua se mueve dentro de la boca.

—¿Qué dices? —le pregunta, acercándose más.

—La cara —dice ella—. ¿Qué te ha pasado en la cara?

El niño se lleva la mano a la frente, toca el chichón, la humedad de la sangre reciente.

—Nada —dice—, no ha sido nada. Oye —le dice con apremio—. Voy a ir a buscar al médico. No tardo.

Ella dice algo más.

—¿Mamá? —repite él—. Ya... ya viene. Está cerca.

Lo cierto es que la madre está a unos dos kilómetros.

Agnes tiene una parcela de terreno en Hewlands que le arrienda a su hermano; se extiende desde la casa en la que nació hasta el bosque. Allí cría abejas en panales de cañamo trenzado; zumban sin cesar, concentradas en su industriosa vida; hay hileras de hierbas, de flores, de plantas, de tallos que trepan por rodri-gones. El huerto de bruja de Agnes, así lo llama su madrastra poniendo los ojos en blanco.

Casi todas las semanas se la ve trajinando entre las plantas, arrancando malas hierbas, revisando las colmenas, podando tallos por un lado y por otro, guardando en secreto ciertas flores, hojas, vainas, pétalos y semillas en la faltriquera de cuero que lleva en la cadera.

Hoy la ha llamado su hermano, que mandó al hijo del pastor a decirle que a las abejas les pasaba algo: han abandonado la colmena y se han apiñado en los árboles.

Agnes recorre las colmenas, presta atención a lo que puedan contarle las abejas; mira el enjambre del huerto, un manchón negruzco entre las ramas que vibra y tiembla de indignación. Algo las ha soliviantado. ¿El tiempo, un cambio de temperatura? ¿O será que las ha molestado algo? ¿Un niño, una oveja descarriada, su madrastra?

Pasa la mano por encima y por debajo de la colmena, la introduce entre las abejas que quedan. Lleva una camisa ligera —hace fresco a la sombra oscura, de color de río, de los árboles— y la gruesa trenza recogida en la coronilla, tapada con una cofia blanca. No se protege la cara con un velo de apicultora... nunca se lo pone. Si nos acercáramos lo suficiente, la veríamos mover los labios, murmurar a los insectos que vuelan alrededor de su cabeza, se le posan en la manga, tropiezan con su cara.

Saca un panal de la colmena y se acucilla para mirarlo bien. Está cubierto de algo que se mueve como si fuera una sola entidad: marrón, con franjas amarillas, alitas en forma de corazón. Son cientos de abejas apelotonadas que se aferran al panal, su tesoro, su trabajo.

Levanta unas ramas humeantes de romero y las pasa con delicadeza por encima del panal dejando un rastro de humo en el aire quieto de agosto. Las abejas alzan el vuelo al unísono y se arremolinan alrededor de su cabeza como una nube sin bordes, una red que transporta el viento y cambia de forma una y otra vez.

Rasca la clara cera con mucho cuidado encima de una cesta;

la miel gotea del panal con precaución, casi a regañadientes. Coloca un frasco debajo y la miel cae lenta como la savia, anaranjada y dorada, impregnada del olor penetrante del tomillo y la dulzura floral del espliego. El hilo de miel se estira desde el panal hasta el frasco, ensanchándose, retorciéndose.

Hay una sensación de cambio, de agitación en el aire, como si hubiera pasado un pájaro volando en silencio. Todavía acucillada, levanta la mirada. Al hacerlo, mueve la mano sin querer y la miel le salpica la muñeca, se le desliza por los dedos y cae por un lado del frasco. Frunce el ceño, deja el panal y se levanta chupándose los dedos.

Ve los aleros de paja de Hewlands a la derecha, la capa blanca de nubes en el cielo, las inquietas ramas del bosque a la izquierda, el enjambre de abejas en los manzanos. A lo lejos, el penúltimo de sus hermanos lleva a las ovejas por el camino de herradura con una vara en la mano y el perro corriendo alrededor del rebaño. Todo está como tiene que estar. Mira un momento a las vacilantes ovejas, las patas saltarinas, las húmedas guedejas llenas de barro. Se le posa una abeja en la mejilla; la espanta con un movimiento de la mano.

Más tarde, y en lo que le quede de vida, pensará que si hubiera ido en ese mismo momento, si hubiera recogido las bolsas, las plantas, la miel y se hubiera ido a casa, si hubiera prestado atención a la inquietud brusca y sin nombre que sentía, tal vez hubiera podido evitar lo que pasó a continuación. Si hubiera dejado que las abejas se las arreglaran solas e hicieran lo que tuvieran que hacer en vez de esforzarse en obligarlas a volver a las colmenas, tal vez hubiera podido adelantarse a lo que iba a suceder.

Pero se queda. Se enjuga el sudor de la frente y el cuello, se dice, no seas tonta. Tapa el frasco lleno, envuelve el panal en una hoja, aprieta con la mano la siguiente colmena para leerla, para entenderla. Se apoya en ella y nota la vibración interior; percibe su poder, su potencia, como una tormenta que se aproxima.

El niño, Hamnet, trota por la calle, dobla una esquina, esquiva un caballo que aguarda, paciente, entre las varas de un carro, rodea a un grupo de hombres reunidos a las puertas del ayuntamiento, que conversan con una expresión seria. Deja atrás a una mujer que lleva a un niño de pecho en brazos e implora a otro mayor que se dé prisa, que no se quede atrás; a un hombre que azota a un burro en los cuartos traseros; a un perro que levanta la mirada de lo que está comiendo para ver pasar a Hamnet a la carrera. El perro lanza un ladrido de aviso y sigue mordisqueando.

Hamnet llega a casa del médico —ha preguntado dónde vive a la mujer con el niño— y llama a la puerta. Se fija un momento en la forma de sus dedos, en las uñas, y se acuerda de Judith; llama más fuerte. Golpea, arma mucho estruendo, vocifera.

Se abre la puerta y aparece el rostro alargado de una mujer enfadada.

—¿Se puede saber qué haces? —le grita, amenazándolo con un trapo como para espantarlo igual que a un insecto—. ¡Vas a levantar a los muertos con tanto jaleo! ¡Largo de aquí!

Está a punto de cerrar la puerta, pero Hamnet se adelanta.

—No —le dice—, por favor. Lo siento, señora. Necesito al médico. Lo necesitamos. Mi hermana... no se encuentra bien. ¿Puede ir a mi casa? ¿Ahora mismo?

La mujer sujeta firmemente la puerta con una mano enrojecida, pero mira a Hamnet con preocupación, con atención, como descifrando la gravedad del problema en las facciones del niño.

—No está aquí —le dice al final—. Ha salido a ver a un paciente.

Hamnet tiene que tragarse un nudo en la garganta.

—¿Cuándo volverá, por favor?

La presión en la puerta se afloja. El niño mete un pie en la casa y deja el otro atrás.

—No sé. —La mujer lo mira de arriba abajo y se fija en el pie que ha traspasado el umbral—. ¿Qué la aqueja a tu hermana?

—No sé. —Procura pensar en ella, en el aspecto que tenía

tumbada encima de las mantas, los ojos cerrados, la piel arrebolada pero pálida al mismo tiempo—. Tiene fiebre. Se ha metido en la cama.

La mujer frunce el ceño.

—¿Fiebre? ¿Tiene pústulas?

—¿Pústulas?

—Bultos. Por dentro de la piel. En el cuello, debajo de los brazos.

Hamnet la mira, se fija en el pequeño pliegue del entrecejo, en el borde de la toca, que está desgastado a la altura de la oreja, en los mechones de pelo rizado que se le salen por detrás. Pien­sa en la palabra «pústulas», que le recuerda un poco a algo vegetal, que imita lo que describe con un sonido hinchado. Un miedo frío le baja por el pecho y en un instante le envuelve el corazón en una capa de hielo crujiente.

La mujer frunce más el ceño. Pone la mano a Hamnet en el pecho y lo empuja para echarlo de su casa.

—Vete —le dice, torciendo el gesto—. Vete a casa. Ya. Márchate. —Va a cerrar la puerta, pero antes, por la más estrecha rendija, le dice con comprensión—: Le diré al médico que vaya. Sé quién eres. Eres el niño del guantero, ¿verdad? El nieto. De la calle Henley. Le diré que vaya a tu casa cuando vuelva. Ahora ¡zape! No te pares por el camino. —Y, en el último momento, añade—: Dios te guarde.

El niño echa a correr. Parece que el mundo es más feroz, que todos hablan más alto, que las calles son más largas, que el azul del cielo lo mira agresivamente. El caballo sigue atado al carro; el perro se ha tumbado a la entrada de una casa. Pústulas, vuelve a pensar. Ya había oído esa palabra. Sabe lo que significa, lo que denota.

Seguro que no, va pensando al llegar a su calle. No puede ser. No, no. Eso —no quiere nombrarlo, no consiente que esa palabra tome forma ni siquiera en el pensamiento— hace años que no pasa en esta villa.

Sabe que cuando llegue habrá alguien en casa. Cuando abra la puerta. Cuando cruce el umbral. Cuando llame a alguien, a cualquiera. Le responderán. Habrá alguien.

No se dio cuenta, pero de camino a casa del médico pasó de largo a la criada, a su abuela, a su abuelo y a su hermana mayor.

Mary, su abuela, iba por un callejón cerca del río haciendo el reparto, con el bastón en alto para protegerse del acoso de un gallito malhumorado, y Susanna iba detrás. Mary se había llevado a Susanna para que cargara con la cesta de los guantes: de ciervo, de cabritilla, de ardilla, forrados de lana, bordados, lisos.

—A fe que no entiendo —iba diciendo Mary cuando Hamnet pasó como un rayo, sin ser visto, por el final del callejón— por qué no puedes siquiera mirar a la gente a la cara cuando te saluda. Son los mejores compradores de tu abuelo, no estarían de más los buenos modales. Bueno, a mi parecer...

Susanna, que iba detrás de ella, puso los ojos en blanco mientras balanceaba el cesto lleno de guantes. Parecen manos cortadas, pensó, y al ver un trocito de cielo entre los tejados de las casas dejó escapar un suspiro que tapó la voz de la abuela.

John, el abuelo de Hamnet, se encontraba entre los hombres congregados a la puerta del ayuntamiento. Había dejado las cuentas y había salido mientras Hamnet subía a ver a Judith, y estaba de espaldas cuando su nieto pasó corriendo hacia la casa del médico. Si el niño hubiera vuelto la cabeza un momento, habría visto a su abuelo haciéndose un sitio en ese grupo, acercándose a esos hombres, agarrándolos del brazo a la fuerza, insistiendo, burlándose, exhortándolos a que lo acompañaran a la taberna.

John no estaba invitado a esa reunión, pero se había enterado de que se iba a celebrar, así que se había presentado con la esperanza de encontrarlos antes de que se dispersaran. Lo único que pretende es recuperar su papel de hombre importante

e influyente, recuperar la posición que ocupaba en el pasado. Puede conseguirlo, sabe que sí. Solo necesita que le hagan caso esos hombres a los que conoce desde hace muchos años, que lo conocen a él, que pueden dar fe de su diligencia en el trabajo, de su lealtad para con la villa. O, en todo caso, que el concejo y las autoridades de la villa lo perdonen o hagan la vista gorda. Él había sido alguacil y, después, un edil importante; se sentaba en el primer banco de la iglesia y llevaba túnica de color escarlata. ¿Es que esos hombres ya no se acuerdan? ¿Cómo es que no lo han invitado a la reunión? Antes tenía influencia... los dominaba a todos. Era alguien. Y ahora se ve obligado a vivir de las monedas que le manda su hijo mayor desde Londres (qué exasperante era de joven, siempre rondando por el mercado, perdiendo el tiempo; ¿quién hubiera dicho que haría algo de provecho?).

El negocio de John sigue prosperando en cierto modo, porque la gente siempre necesitará guantes, y si esos hombres saben algo de sus tratos secretos en el comercio de lana, de los avisos por no ir a la iglesia y de las multas por tirar basura a la calle, pues que así sea. Él es capaz de aceptar las reprobaciones, las multas y las exigencias, las murmuraciones sarcásticas a propósito de la ruina de su familia y hasta que lo excluyan de las reuniones del concejo. Lo que no soporta es que ninguno de ellos esté dispuesto a tomarse unos tragos con él, a partirse el pan en su mesa, a calentarse en su hogar. A las puertas del ayuntamiento, los hombres evitan mirarlo, siguen con su conversación. No prestan oídos al discurso que ha preparado sobre la solidez del mercado del guante, sobre sus éxitos y sus triunfos, ni responden a sus invitaciones para ir a la taberna o a comer a su casa. Asienten fríamente; dan media vuelta. Uno le toca el brazo diciendo claro, John, claro.

Así que se va solo a la taberna. Un ratito nada más. No tiene nada de malo que un hombre se haga compañía a sí mismo. Se sentará allí, en la penumbra, como si fuera de noche, con un

cabo de vela en la mesa, y se quedará mirando las moscas despidadas que dan vueltas alrededor de la llama.

Judith sigue en la cama y parece que las paredes se hinchan hacia dentro y después hacia fuera. Hacia dentro y hacia fuera. En la esquina, los postes del dosel de la cama de sus padres se retuercen y se contorsionan como serpientes; el techo se mueve en ondas, como la superficie de un lago; parece que tenga las manos muy lejos y muy cerca al mismo tiempo. La línea en la que se encuentran el revocado y la madera oscura de las vigas reverbera y se desvía. Nota calor en la cara y en el pecho, le arden, están cubiertos de sudor resbaladizo, pero tiene los pies helados. Tiembla un par de veces, convulsiona por completo y ve que las paredes se doblan hacia ella, se estrechan y luego se separan. Cierra los ojos para no verlas, para no ver los postes retorcidos ni el techo que se mueve.

Tan pronto como los cierra se encuentra en otra parte. En muchos sitios a la vez. Pasea por un prado agarrada con fuerza a una mano. La mano es de su hermana Susanna. Tiene los dedos largos y un lunar en el nudillo del meñique. La mano no quiere que la sujeten: no se cierra en torno a la de Judith, se queda abierta y tiesa. Judith tiene que apretar con todas sus fuerzas para no soltarse. Susanna avanza por el prado a pasos muy largos y, a cada paso, la mano tira de Judith. Si Judith se suelta, a lo mejor se hunde en la hierba. Podría perderse para siempre. Es importante —crucial— no soltarse de esa mano. No debe soltarla por nada. Sabe que su hermano va delante de ellas. La cabeza de Hamnet aparece y desaparece entre la hierba. Tiene el pelo del color del trigo maduro. Salta por el prado delante de ellas como una liebre, como un cometa.

Luego está entre una muchedumbre. Es de noche, hace frío; el resplandor de las teas rompe la helada oscuridad. Cree que es la fiesta de la Candelaria. Está en medio de toda esa gente y

también por encima, aupada en unos hombros fuertes. Su padre. Se sujeta al cuello con las piernas y él la coge por los tobillos; mete las manos entre el pelo de su padre, oscuro y espeso, como el de Susanna. Con el dedo más pequeño le da unos golpecitos leves en el aro de plata que lleva en la oreja izquierda y a él le hace gracia y se ríe —lo sabe por la agitación que le transmite él como un rayo— y sacude la cabeza para que el pendiente choque con la uña de la niña. También están su madre, Hamnet, Susanna y su abuela. El padre la ha elegido para llevarla a hombros: solo a ella.

Hay un gran resplandor. Arden unos braseros alrededor de una plataforma de madera tan alta como ella a hombros de su padre. En la plataforma hay dos hombres vestidos de rojo y dorado, con muchas borlas y cintas; llevan un sombrero alto en la cabeza y la cara blanca como el yeso, con las cejas pintadas de negro y los labios de rojo. Uno profiere un grito agudo y desgarrador y arroja una pelota dorada al otro, que se lanza de manos al suelo y la atrapa en el aire con los pies. Su padre le suelta los tobillos para aplaudir y ella se aferra a la cabeza. Tiene mucho miedo de caerse, de resbalarse de los hombros y deslizarse entre la multitud inquieta y violenta que huele a mondas de patata, a perro mojado, a sudor y a castañas. El grito del hombre le ha puesto el miedo en el corazón. No le gustan los braseros; no le gustan las cejas quebradas del hombre; no le gusta nada de todo esto. Se pone a llorar en silencio, le ruedan lágrimas por las mejillas, caen como perlas en el pelo de su padre.

Susanna y su abuela, Mary, no han vuelto a casa todavía. Mary se ha parado a hablar con una mujer de la parroquia: intercambian cumplidos y objeciones y se dan palmaditas en el brazo la una a la otra, pero a Susanna no la engañan. Sabe que la mujer no aprecia a su abuela, porque no para de mirar a todas partes para

saber si alguien la ve hablando con ella, con la mujer del guantero caído en desgracia. Y sabe que muchas otras mujeres de la villa que antes eran sus amigas ahora cruzan la calle para evitarlas. Hace años que sucede, pero desde que multaron al abuelo por no ir a la iglesia, muchos vecinos no se molestan siquiera en fingir buenos modales y pasan a su lado sin saludarlas. Susanna ve que su abuela se planta delante de una mujer para cerrarle el paso e impedirle que pase de largo sin hablar con ella. Ve todas estas cosas. Saberlo la quema por dentro y le deja negras señales chamuscadas.

Judith está sola en la cama, abre y cierra los ojos. No entiende lo que ha pasado hoy. Estaba jugando con Hamnet y con los gatitos nuevos, moviendo unos cordeles —pendiente de si aparecía la abuela, porque le había mandado astillar leña para la lumbre y limpiar la mesa mientras Hamnet hacía los deberes— y de pronto empezó a notar una debilidad en los brazos, un dolor de espalda y un picor en la garganta. No me encuentro bien, le dijo a su hermano, y él dejó de mirar a los gatitos y la miró a ella a los ojos, a toda la cara. Ahora está en esta cama y no sabe cómo ha llegado, ni adónde se ha ido Hamnet, ni cuándo volverá su madre, ni por qué no hay nadie con ella.

En el mercado, la criada tarda mucho en decidir lo que quiere del lechero, que coquetea detrás del puesto de la lechería. Bien, bien, dice él sin soltar el cubo. ¡Ah!, responde ella, tirando del asa. ¿Es que no me lo vas a dar? ¿Darte qué?, dice el lechero enarcando las cejas.

Agnes termina de sacar la miel, coge el saco y el romero humeante y se acerca al enjambre de abejas. Las va a meter de un barrido

en el saco para devolverlas a la colmena, pero con delicadeza, con la mayor delicadeza.

El padre está a dos días a caballo, en Londres, y en estos precisos momentos pasa por Bishopsgate en dirección al río, donde piensa comprarse una torta de esas aplastadas, sin levadura, que cuecen a la plancha en los puestos que hay allí. Hoy tiene un hambre tremenda, se despertó hambriento y el desayuno de gachas y cerveza y el almuerzo de empanada no se la han saciado. Es muy prudente con el dinero, lo lleva siempre consigo y nunca gasta más de lo necesario. Sus compañeros de trabajo le toman el pelo por eso. Hay quien dice que guarda oro debajo de los tablones de su habitación: él sonríe cuando oye esas cosas. No es cierto, claro está: todo lo que gana lo manda a su casa, a Stratford, o lo lleva consigo, envuelto y bien escondido en las alforjas cuando va de viaje. De todas maneras, no gasta un penique si no es estrictamente necesario. Y hoy, la torta a la plancha a media tarde lo es.

Va con un hombre, el yerno de su hospedero. Este hombre no ha dejado de hablar desde que salieron de casa. El padre de Hamnet solo le presta atención intermitentemente: no sé qué de una rencilla con su suegro, una dote que no se ha pagado, una promesa incumplida. En vez de hacerle caso piensa en cómo va bajando el sol, como por unas escaleras, entre los estrechos resquicios de los edificios e ilumina la calle, brillante de lluvia; en la torta a la parrilla que lo espera al otro lado del río; en el movimiento y el olor a jabón de la colada tendida por encima de su cabeza; en su mujer, un instante, en cómo se le unen y separan los omóplatos cuando se recoge el pelo en la coronilla con una horquilla; en la costura del dedo gordo de la bota, que parece que se ha descosido, y en que ahora tendrá que ir al zapatero, tal vez después de comerse la torta, en cuanto se deshaga del yerno del hospedero y de su cháchara quejumbrosa.

¿Y Hamnet? Entra de nuevo en la estrecha casa, construida en una rendija, en un angosto solar vacío. Ahora está muy seguro de que habrá vuelto alguien. Judith y él ya no estarán solos. Habrá alguien que sepa lo que hay que hacer, alguien que se ocupe de esto, alguien que le diga que no pasa nada. Entra, deja que la puerta se cierre sola. Dice en voz alta que ya ha vuelto, que ya está en casa. Se detiene, espera una respuesta, pero no hay nada: solo silencio.